

La familia, clave en la formación de los jóvenes

RAFAEL MINER GUERRERO

El encuentro sobre “Abuelos y nietos: un diálogo fructífero”, tiene importancia real en este XX Congreso Católicos y Vida Pública sobre *Fe en los jóvenes*. Las razones son numerosas, y aquí sólo citaremos algunas, que pueden servir como elemento de reflexión adicional a las conferencias y a otros debates suscitados en este mismo encuentro intergeneracional.

Nos basaremos para ello en particular en el magisterio de los últimos Papas, que muestran de modo inequívoco la íntima relación existente entre el matrimonio y la familia de la que forman parte los jóvenes, la educación de los hijos, y la transmisión de la fe.

En pleno desarrollo del reciente Sínodo de los Obispos sobre los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional, impulsado directamente por el Papa Francisco, tuvo lugar el día 23 de octubre un acto singular, en el que el Santo Padre aconsejó a los abuelos cómo transmitir la fe a sus nietos.

El acto romano, también intergeneracional, celebrado en Principio del formulario el Final del formulario Instituto Patristico Augustinianum de Roma, tenía entre otros objetivos promocionar la venta del libro *La saggezza del tempo (La sabiduría del tiempo)* escrito por el P. Antonio Spadaro, SJ, director de la revista *La Civiltà Cattolica*.

En el encuentro, el Papa respondió a algunas preguntas de los asistentes, entre ellos el director de cine estadounidense Martin Scorsese, quien le preguntó cómo se puede vivir una vida buena y justa en una sociedad que parece moverse por la codicia y la violencia. “Ante las violencias, ante la crueldad, ante la destrucción de la dignidad humana, el llanto es cristiano”, fue la respuesta del Papa.

Otra asistente, una joven italiana de 26 años, Federica, preguntó cómo se puede vivir una vida feliz. Y el Papa le respondió con un gesto: “Extender la

mano y abrirla”. Frente a la cultura de la hipocresía y del cerrarse, Francisco propuso “la cultura del convivir”, de la fraternidad y del servicio, porque “se abre y se mancha las manos”. “¿Quieres ser feliz? Entonces extiende la mano, ábrela y máñchatela”.

Transmitir la fe a los hijos

En el mismo encuentro, el matrimonio maltés formado por Tony y Grace Naudi, de 71 y 65 años preguntó cómo pueden, como padres y abuelos, transmitir la fe a sus hijos y nietos, y evitar que renuncien al camino de la fe. El Papa contestó: “la fe se transmite siempre en casa. Precisamente son los abuelos quienes, en los momentos más difíciles de la historia, los que han transmitido la fe. Pensemos en las persecuciones de la fe del siglo pasado. Dictadores genocidas que todos sabemos [...] Fueron los abuelos los que a escondidas enseñaban a los nietos a rezar y los llevaban a bautizar. Han tenido en esos momentos de persecución una gran responsabilidad”.

Además, el Santo Padre hizo hincapié en que para transmitir la fe “no basta con leer el catecismo, porque la fe no solo es el contenido, es el modo de vivir, evaluar, de alegrarse, de entristecerse, de llorar [...], hay toda una vida que está ahí”.

Respecto a los padres que han visto cómo sus hijos se han alejado de la fe, les propuso actuar “con mucho amor, mucha ternura, mucho testimonio, paciencia y oración. Y nunca discutir”.

El abuelo Francesco y el abuelo Benedicto

“Tengo un recuerdo muy bonito. Cuando estuve en Filipinas, la gente me saludó llamándome: ¡Lolo Kiko! ¡Abuelo Francesco! ¡Lolo Kiko, estaban gritando! Me alegré mucho al ver que se sentían cerca de mí como un abuelo”, contó el Papa el pasado 23 de octubre, hace menos de un mes.

El suceso recuerda mucho al Papa Benedicto XVI, ahora emérito y ya muy anciano. durante el Encuentro Mundial de las Familias que tuvo lugar en Valencia en 2006. Era el mes de julio, quizá algunos se acuerden. Lucía un sol de justicia. La vida vuela, se suceden los acontecimientos, y entre tanta trepidación perdemos memoria. Valencia y numerosísimas familias de España entera se volcaron con Benedicto XVI, con “el abuelo del mundo”, como le llamó cariñosamente el actor Lino Banfi, al que a su vez denominaban ‘el abuelo de Italia’.

En Valencia, el Papa germano, que había sido un firme apoyo de san Juan Pablo II, fue desgranando ideas centrales sobre el matrimonio y la fami-

lia, que afectan de lleno a los jóvenes, y que son verdaderamente patrimonio de la humanidad. Recordemos en un flash algunos de sus mensajes, que no sólo iban dirigidos a los católicos, y que más tarde aflorarían de nuevo en su encíclica *Deus caritas est*: “La familia es el ámbito donde cada persona aprende a dar y recibir amor [...] La familia es una escuela de humanización del hombre [...] Invito a los gobernantes a reflexionar sobre la familia como centro de la sociedad [...] La familia, fundada en el matrimonio indisoluble entre hombre y mujer, es el ámbito donde el hombre puede nacer con dignidad, crecer y desarrollarse de modo integral”.

Son mensajes que recogen también el magisterio de san Juan Pablo II, en especial en la Exhortación *Familiaris consortio*, y que el Papa Francisco reflejó también en la Exhortación apostólica postsinodal *Amoris Laetitia*, de 2016, con nuevas aportaciones. Porque, en efecto, la inmensa mayoría de los jóvenes del mundo han crecido en una familia, y sus valores se nutren de lo que han vivido en ella. Y si han tenido la desgracia de que en su familia se haya perdido “el sentido del hogar”, y encontramos “más familias rotas, más desequilibrios psíquicos, más adicción al alcohol o a la droga o más delincuencia juvenil” (María Pía Chirinos), y también más persecución con la acción invasiva del Estado, el papel de los abuelos se torna fundamental en la educación de los jóvenes.

Modelos, testimonios vivos

Sin embargo, “nuestra sociedad ha privado a los abuelos de su voz”, denunció el Papa hace unas semanas. “Hemos quitado su espacio y la oportunidad de contarnos sus experiencias, sus historias, sus vidas. Los pusimos a un lado y perdimos el bien de su sabiduría. Queremos eliminar nuestro miedo a la debilidad y la vulnerabilidad, pero al hacerlo aumentamos la angustia de ser tristemente tolerados y abandonados en los ancianos. En cambio, debemos despertar el sentido civil de gratitud, de aprecio, de hospitalidad, capaz de hacer que los ancianos se sientan la parte viva de su comunidad. Dejando a un lado a los abuelos, descartamos la posibilidad de entrar en contacto con el secreto que les permitió avanzar, abrirse camino en la aventura de la vida. Y así echamos de menos los modelos, los testimonios vivos.

[...] Estamos perdidos. Estamos privados del testimonio de personas que no solo han perseverado a lo largo del tiempo, sino que conservan la gratitud por todo lo que han vivido en sus corazones -añadía el Santo Padre-. ¡Qué hermoso es el estímulo que los ancianos pueden comunicar a una niña o un niño en busca del significado de la vida! Esta es la misión de los abuelos.

Una verdadera vocación. Los ancianos son la reserva sapiencial de nuestra sociedad. La atención a los ancianos es lo que distingue a una civilización.

Las palabras de los abuelos tienen algo especial para los jóvenes. La fe también se transmite a través del testimonio de los ancianos que han hecho la levadura de su vida. Lo sé por experiencia personal. Incluso hoy siempre llevo conmigo, en el breviario, las palabras que mi abuela Rosa me dio por escrito el día de mi ordenación sacerdotal; Los leo a menudo y es bueno para mí.

¿Qué significa esto? Solo si nuestros abuelos tienen el coraje de soñar y nuestros jóvenes profetizan grandes cosas, nuestra sociedad continuará. Si queremos 'visiones' para el futuro, dejemos que nuestros abuelos nos cuenten quiénes comparten sus sueños. ¡Necesitamos abuelos soñadores! Son ellos quienes inspirarán a los jóvenes a avanzar con la creatividad de la profecía. Hoy los jóvenes necesitan los sueños de los ancianos para tener esperanza, para tener un mañana. Por eso los ancianos y los jóvenes caminan juntos y se necesitan mutuamente”.

Escucharse mutuamente

El Papa tenía también un mensaje para los jóvenes, para esos jóvenes que han caminado junto a los obispos en el Sínodo romano. “¿Y qué les pregunto a los jóvenes?”, planteaba. Y se respondía: escuchar a los ancianos, estar cerca de ellos: “Lo siento por un niño cuyos sueños se desatan en la burocracia. Es como el joven rico del evangelio. Va triste, vaciado. Por eso pido escuchar, cercanía a los ancianos; Les pido que no retiren su existencia en el «quietismo burocrático» en el que tantas propuestas sin esperanza y sin heroísmo los confinan. Pido una mirada a las estrellas, ese saludable espíritu de utopía que nos lleva a recolectar la energía para un mundo mejor”.

Sin embargo, si el 23 de octubre el Papa pedía a los jóvenes que escucharan a los ancianos, y cercanía a ellos, cinco días más tarde, en la homilía de la Misa de clausura del Sínodo, al comentar el pasaje evangélico del ciego de Jericó, Bartimeo, lanzaba el mismo mensaje de escucha pero dirigido a los padres sinodales, a las familias y a todos, para que oigamos a los jóvenes:

“Para Jesús, en cambio, el grito del que pide ayuda no es algo molesto que dificulta el camino, sino una pregunta vital. ¿Qué importante es para nosotros escuchar la vida! Los hijos del Padre celestial escuchan a sus hermanos: no las murmuraciones inútiles, sino las necesidades del prójimo. Escuchar con amor, con paciencia, como hace Dios con nosotros, con nuestras oraciones a menudo repetitivas. Dios nunca se cansa, siempre se alegra cuando lo buscamos. Pidamos también nosotros la gracia de un corazón

dócil para escuchar. Me gustaría decirles a los jóvenes, en nombre de todos nosotros, adultos: disculpadnos si a menudo no os hemos escuchado; si, en lugar de abrir vuestro corazón, os hemos llenado los oídos. Como Iglesia de Jesús deseamos escucharos con amor, seguros de dos cosas: que vuestra vida es preciosa ante Dios, porque Dios es joven y ama a los jóvenes; y que vuestra vida también es preciosa para nosotros, más aún, es necesaria para seguir adelante”.

En síntesis, no viene mal recordar aquí que tres meses antes, el 26 de julio, festividad de san Joaquín y santa Ana, el Papa Francisco había pedido cuidar a los abuelos como a “un tesoro”, y facilitar la comunicación entre abuelos y nietos. “Los abuelos son un tesoro en la familia. Por favor, ¡cuiden de los abuelos, ámenlos, hagan que hablen con los niños!”, fue su mensaje.

No era la primera vez que el Papa resaltaba la importancia de los abuelos en las familias. Ya en 2013, en los principios de su Pontificado, durante una Misa en la Jornada Mundial de la Juventud de Río de Janeiro, Francisco aseguraba que los abuelos son como “el buen vino” de la sociedad. En aquella ocasión, el Papa pidió que “el Señor bendiga a los abuelos” y que les permita “envejecer con sabiduría y con dignidad” para poder transmitírsela a los demás. “San Joaquín y Santa Ana, llamados patronos de los abuelos, fueron personas de profunda fe y confianza en Dios. Se encargaron de educar en el camino de la fe a su hija María, alimentando en ella el amor hacia el Creador y preparándola para su misión”.

Enfrentamientos, o promoción de la paz

Podríamos preguntarnos ahora: ¿Por qué esta apelación a los abuelos en las familias? En parte se ha respondido ya con estas palabras del mismo Santo Padre. En efecto, en momentos difíciles, para la sociedad y en la propia familia, los abuelos son como el tronco que no decae, que está ahí. Y cuando la navegación es más sencilla, reman con los padres, más en segundo plano.

Así lo han recordado los padres sinodales en el documento final del Sínodo, según el resumen realizado por Paolo Ondarza e Isabella Piro en *Vatican news*. Bajo el epígrafe *La familia, Iglesia doméstica*, los autores sintetizaban: “Otros temas presentes en el Documento tienen que ver con la familia, principal punto de referencia para los jóvenes, primera comunidad de fe, ‘Iglesia doméstica’: el Sínodo recuerda, en particular, el papel de los abuelos en la educación religiosa y en la transmisión de la fe, y advierte sobre el debilitamiento de la figura paterna y de los adultos que asumen estilos de vida ‘juveniles’. Además de la familia, para los jóvenes cuenta mucho la amistad

con sus coetáneos porque les permite compartir su fe y ayudarse mutuamente en su testimonio”.

Al referirnos a “los momentos difíciles” para el matrimonio y la familia, podría pensarse que se exagera. Para disipar esta hipótesis, basta responder a una simple pregunta: ¿Cuántas separaciones y divorcios se han producido desde 2000 a 2016 en España? La respuesta es sencilla: 1,6 millones de divorcios, en torno a cien mil divorcios por año de media. Unas cifras que se dispararon a raíz del denominado divorcio *express* de la Ley 15/2005, que implicó la eliminación de plazos previos. Pueden consultarse los datos en las estadísticas del Instituto Nacional de Estadística (INE), el Consejo General del Poder Judicial (CGPJ) y organizaciones en defensa de la familia, entre otras fuentes. No es objeto de estas breves líneas detenernos en el análisis de las causas.

Simplemente para ilustrar este fenómeno, puede recordarse el caso que saltó a principios de año en Almería y que todavía hoy ocupa a los medios informativos. El niño Gabriel fue asesinado en febrero en el seno de una familia rota. ¿Hechos similares pueden producirse en familias no desestructuradas? Claro, pero el caso sucedió en ese entorno. Ernesto Juliá, sacerdote y escritor, tituló en marzo un artículo, a raíz de este triste asunto, del siguiente modo: “A propósito de Gabriel: salvemos la Familia”. En rápidos trazos, recordaba a Benedicto XVI, en el mensaje de la XLVI Jornada Mundial de la Paz, el 2 de enero de 2013:

“Ninguno puede ignorar o minimizar el papel decisivo de la familia, institución base de la sociedad desde el punto de vista demográfico, ético, pedagógico, económico y político. La familia tiene como vocación natural promover la vida: acompaña a las personas en su crecimiento y las anima a enriquecerse mutuamente mediante el cuidado recíproco. En concreto, la familia cristiana lleva consigo el germen del proyecto de educación de las personas según la medida del amor divino. La familia es una de los sujetos sociales indispensable en la realización de una cultura de la paz”.

“Benedicto XVI no puede ser más claro y preciso”, añadió Juliá en *Religión Confidencial*. “Y para garantizar esa tarea educadora y formadora de la familia, Benedicto XVI concluye el párrafo con estas palabras: ‘Es necesario tutelar el derecho de los padres y su papel primario en la educación de los hijos, en primer lugar en el ámbito moral y religioso. En la familia nacen y crecen los que trabajan por la paz, los futuros promotores de una cultura de la vida y del amor’”.

Podríamos mencionar aquí de igual modo a las víctimas de la violencia en los hogares, pero tampoco nos entretendremos en este análisis. Baste

señalar que el mayor número de víctimas, desgraciadamente mortales, de la denominada violencia de género tiene lugar, aunque no siempre, en supuestos de familias desestructuradas.

Propuestas del Papa

El 19 de marzo de 2016, el Papa Francisco firmó *Amoris Laetitia* (AL). En la Exhortación se señalan varias propuestas y elementos para que la vida familiar que surge del matrimonio sea un camino de felicidad y plenitud a lo largo del tiempo. “Enseñar a ser familia siendo familia implica ayudar a que se contemplen dichos elementos como caminos de plenitud más que de dificultades”, escribió en la revista *Palabra* el profesor Nicolás Álvarez de las Asturias, al sintetizar los consejos del Papa. En estas líneas se mencionan solo someramente, en la medida que afectan también, como es obvio, a los jóvenes, y a que éstos van participando en ellos, en grado cada vez mayor.

En primer lugar, la convivencia. Ayudar a la familia y a los jóvenes es enseñarles a convivir, al compás del himno a la caridad de San Pablo, que suele escucharse en las lecturas de la Misa en las ceremonias nupciales en los templos. En segundo término, la generación y educación de los hijos; para ello, hay que aprender a ser padre y madre, y empeñarse en una tarea educativa que va desde la formación de la conciencia hasta la transmisión de la fe, como hemos visto. El tercero es el ejercicio de la sexualidad como parte fundamental de la vida matrimonial y, para los cristianos, camino de unión con Dios. El cuarto es el paso del tiempo, con sus consecuencias en el modo de percibir y expresar el amor y en la situación real de la vida de la familia (sin hijos, con hijos que van creciendo, otra vez solos...).

Enseñar a reinventarse en cada etapa es enseñar a vivir una de las características esenciales del amor auténtico, que ni pasa ni envejece (cfr. AL, 163-165), escribe Álvarez de las Asturias. El quinto es la presencia del sufrimiento y la muerte (cfr. AL, 253-258), ya anunciadas en la fórmula misma del consentimiento pero cuya aparición constituye siempre un reto para la familia, que debe asumirlo como parte integrante de esa “historia de salvación” que están realizando junto a Dios.

Finalmente, el sexto es el carácter abierto de la vida familiar, que se manifiesta en su inserción en la propia familia en sentido amplio, concluye el profesor, pero también en su capacidad de tejer relaciones con otras familias con quienes comparten vecindad o amistad y en su preocupación concreta y generosa por los atraviesan dificultades materiales.

Manifiesto del Congreso de 2014

Varios de los perfiles y elementos que señaló el Sínodo de los Obispos de 2014 conformaron el Manifiesto del XVI Congreso de Católicos y Vida Pública, lanzado el 16 de noviembre de 2014. El congreso llevó por título *La familia siempre, desafíos y esperanza*.

En su texto, se reafirmaba la identidad de la familia: la unión de hombre y mujer comprometidos con la vida. Se recogen a continuación, para concluir estas líneas, los cuatro primeros puntos, que muestran su vigencia cuatro más tarde, también en lo que se refiere a la educación de los hijos:

“Primero.- Afirmamos que la familia es la unión y comunión de dos personas, hombre y mujer, comprometidos en el proyecto de formar un hogar donde brote el don de la vida a través de los hijos. Es en la familia donde se quiere a la persona tan sólo por ser, y por ello es la principal institución que garantiza el soporte de los miembros más desfavorecidos o dependientes: niños, discapacitados, mayores o, como ocurre hoy en día, los desempleados.

Segundo.- Reconocemos a la familia como la principal escuela de humanidad donde los padres son los primeros responsables de la educación de sus hijos, transmisores de principios, valores y virtudes. Se ha de facilitar este derecho-deber educativo de los padres, para que estos puedan elegir los centros docentes cuyo ideario garantice también la formación religiosa y moral que esté de acuerdo con sus propias convicciones.

Tercero.- Denunciamos la intromisión del Estado en la educación afectivo-sexual de los niños y jóvenes, mediante la infiltración en los ámbitos educativos de la ‘ideología del género’, que pretende diseñar la sexualidad y su ejercicio al margen de los referentes de la antropología adecuada e integral.

Cuarto.- Hacemos nuestras las palabras del Papa Francisco cuando dice que ‘El aporte indispensable del matrimonio a la sociedad supera el nivel de la emotividad y el de las necesidades circunstanciales de la pareja’ (*Evangelii Gaudium*, 66) Por ello, denunciamos la falta de políticas familiares justas y adecuadas en nuestra sociedad, donde prima una concepción materialista que excluye de la vida social la búsqueda de los valores y dimensiones de trascendencia propias del ser humano”.